

BOFCI

(Boletín Oficial de la Facultad de Ciencias Inútiles)
Nº 42, sep 04



Cátedra de Eu- y Cacojaculatorología

Catedrático: Antonio Casao

BOFCI

BULITÓN OFICIAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS INÚTILES

Dirección en la web:
www.mensa.es/carrollia

La revista **BOFCI**, abreviada en **[B]**, es el órgano de comunicación de la FCI (Facultad de Ciencias Inútiles) de Mensa España. Su frecuencia de aparición es ya trimestral, ya irracional. Se entrega con **CARROLLIA**, el boletín del **CARROLLSIG**.

Es coordinada, dirigida, editada y remitida por:

Josep M. Albaigès i Olivart
 e-mail:
jalbaiges@caminos.recol.es

Las cartas y colaboraciones se remitirán al editor, siempre que sea posible, en formato A4 y mecanografiadas con cintas de máquina en buen uso. Mejor todavía en disquete, formato WORD 6.0 ó ASCII. Las fechas tope para su inclusión son los últimos días de los meses de febrero, mayo, agosto y noviembre. El boletín aparece (si aparece) dentro del mes siguiente.

Permitida la reproducción de los escritos de este boletín, citando la procedencia. Las opiniones expresadas son las de sus autores. Mensa, como tal, no opina.

...ooo000ooo...

ÍNDICE

El insulto	3
Sobre el difícil arte de injuriar	4
Cuando insultar era un género literario	6
Versos como dardos	7
Algunos piropos de literatos españoles actuales	7
Insultos andaluces	7
Algunas opiniones sinceras	8
Chumeando	9
Soneto de Luis de Góngora a Francisco de Quevedo	10
Quevedo contra Luis de Góngora	10
Acebes llama miserable a Alonso	11
A una dama	12
Con T de testosterona	12

Este número ha podido salir gracias al inmenso material aportado por Antonio Casao, Catedrático Eximio de la facultad de Eu- y Cacojacularología. Esta breve nota sólo pretende hacer cpnstar el reconocimiento por su valiosa aportación, confiando en que muy pronto podamos publicar una segunda parte del mismo tema.

El insulto

Si en general puede afirmarse que las formas de comunicación humana permanecen en un estadio de escaso desarrollo, sobre el insulto en particular hay que decir rotundamente que no suele estar a la altura del insultante, ni del insultado, ni siquiera de lo insultable. Grandes genios han insultado con epítetos que, por ramplones, evitarían los catedráticos de universidad más cutres. Personas exquisitas han sido insultadas con los mismos calificativos que se emplean en los adelantamientos en carretera. Y tanto los dioses como los ateos reciben cotidianamente calificativos impropios de la gravedad ontológica del asunto: ni la blasfemia ni el anatema hacen honor a cuestión tan importante como la de si existe o no alguien superior no sólo a Reagan, sino incluso a Einstein o a Bertrand Russell. Es preciso constatar que hasta el piropo, ese comunicado intrínsecamente hortera antes incluso que patriarcal, ha conseguido niveles de calidad expresiva superiores a los del insulto.

Cuando se insulta, lo que nunca es imprescindible, pero a veces parece emocionalmente necesario, diríase que nos complacemos en ponernos al nivel que suponemos a la persona o cosa insultada. O que nos conformamos con el brusco movimiento (afirmativo, por cierto) de nuestra cabeza que suele acompañarlo. Todo lo más, nos resignamos con la mediocre contundencia de los fonemas en los que hacemos recaer el énfasis:

—¡I-DIO-ta!

—¡Im-BÉ-Cil!

A mí sólo me han insultado una vez con un mínimo de creatividad. Era mi hija muy pequeña y debió de pretender algo a lo que aún no parecía tener derecho por su edad o que, por la misma razón, ya no entraba dentro de lo tolerable a la pequeñuela. Pidió y obtuvo explicaciones al respecto que la situaban en un terreno intermedio: ya era demasiado mayor para hacer lo que pretendía, pero aún no lo era lo bastante para hacer otras cosas. O viceversa. Lo cierto es que unos minutos más tarde, cuando yo hice algo que a ella no le gustó, me increpó diciéndome:

—¡Intermedio!

(Me gustaría, por cierto, que continuase considerándome ni pequeño ni mayor, sino intermedio.)

La dificultad principal del insulto reside en su misma ambigüedad de base. Cuanto más ajustado a la persona sea lo que se le dice, más riesgo hay de que tome el insulto como elogio. Llamarle a don Manuel Fraga "conservador autoritario" no creo que sea cosa que le moleste, y más vale que no hablemos de los tiempos en que ningún antifranquista que esté hoy entre los 35 y los 45 hubiese soportado que se le llamase "socialdemócrata". De ahí quizá esa vergonzosa fuga del insulto hacia terrenos ofensivos para las minusvalías psíquicas o para las heterodoxias sexuales. Cuando uno está a favor de las heterodoxias sexuales y en contra de la marginación de los disminuidos psíquicos se encuentra con un auténtico problema a la hora de insultar.

"Cliente de puta", "loquero", "empollón de mierda"... Eso es todo lo que una persona sensible puede permitirse por la vía del insulto rápido.

Y "pelota". Siempre puede uno decir que el otro es un pelota, un servil adulador de algo impresentable, ya sea el sistema o él mismo. Pero, ¡cuidado!, "lameculos" es ya una palabra sospechosa, pues incluye una concepción despectiva de una parte de nuestra anatomía, francamente útil y eventualmente placentera, que no parece oportuno continuar condenando si a la necesidad de recuperación total del cuerpo nos atenemos.

El problema está, pues, en el insulto verbal, de urgencia y necesariamente conciso. El insulto escrito o la dura réplica parlamentaria permiten más precisión y mayor elegancia. Y, por supuesto, la crítica literaria es el reino del insulto bien temperado. Les cito algunas muestras brillantes del género: "Mr. Chamberlain ama al trabajador; ama verle trabajar" (Winston Churchill). "Katherine Hepburn recorrió la entera gama de las emociones, desde la

A hasta la B" (Dorothy Parker). "Su señoría es tan vanidoso que cuando asiste a una boda desearía ser la novia, y cuando asiste a un entierro, el muerto" (alguien, no recuerdo quién, a Cánovas del Castillo).

Lean algunas frases que sustituyen al insulto como género realmente literario:

"¿Inglaterra? Tiene 60 religiones y una sola salsa" (Caracciolo, siglo XVI; ignoro si el clan McDonalds había logrado ya aniquilar la inexistente cocina inglesa). "George Moore escribió brillante inglés hasta que descubrió la gramática" (Oscar Wilde). "En el principio Dios hizo a los idiotas; esto fue para practicar; a continuación hizo al personal docente" (Mark Twain).

Mejoren sus insultos. Y si quieren uno rápido y definitivo, use éste: "Tú".

Josep-Vicent Marqués
(*El País Estilo*, 1990)
(Remitido por Antonio Casao)

Sobre el difícil arte de injuriar

Observamos que en el lenguaje corriente cada vez se usan con más frecuencia las expresiones más subidas de tono. Igualmente acaece en la literatura, e incluso en las películas, de las cuales es buena muestra la que se pasó recientemente por televisión, titulada «El poderoso influjo de la Luna». En lo que antes se llamaba la palabra soez, los epítetos escatológicos, las imprecaciones, corresponden a una rara violencia verbal. Pero, a la vez, observamos que raramente estas injurias poseen ingenio o gracia, puesto que se trata realmente de una agresión imprecatoria frontal, la mayoría de veces explosiva, casi biológica. No pertenecen, desde luego, al arte de injuriar que han tenido a través de la historia tantos y tan inquietantes maestros.

Jorge Luis Borges, en su pequeño ensayo sobre este «Arte de injuriar», reporta algunas maestrías de la vituperación y la burla. Por ejemplo, aquella sangrienta frase del doctor Samuel Johnson, el inolvidable humanista erudito, malhumorado lexicógrafo y divertido personaje de la literatura inglesa del siglo XVIII, quien espetó, supremamente impertinente, a un contradictor: «Su esposa, caballero, con el pretexto de que trabaja en un lupanar, vende géneros de contrabando». Pero, según Borges, la injuria más espléndida que conoció se debe al poeta colombiano Vargas Vila, sobre el poeta peruano José Santos Chocano: «Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia».

Y para aumentar el juego mordaz de esta frase añade Borges «que esta injuria es más singular si consideramos que es el único roce del autor con la literatura». Con lo cual, en brevísimas líneas, Borges maneja, a su vez, la perfidia más penetrante contra Vargas Vila, poeta afectado y malsano.

El escritor alemán Heinrich Heine ha sido uno de los hombres más mordaces, de un diente ceñudo y hostil, como es tan frecuentemente el de los intelectuales. Sostuvo una polémica con el conde Platen, homosexual, aunque autor de unos admirables «Sonetos venecianos», que todo se ha de decir. El conde de Platen, fustigado como un elegante lebel, contestó como pudo a los trallazos de Heine. Éste replicó suavemente: «El conde de Platen, a quien prefirió tener como enemigo de cara que como amigo por la espalda...». En Heine, la mordacidad era algo natural. Del poeta Alfred de Musset, que fue su amigo, pero cuya poesía no apreciaba, dijo: «Todo el mundo tiene alguna debilidad y Musset es un vanidoso. Su vanidad es uno de sus cuatro talones de Aquiles». Y a la condesa de Hasonville, que le desagradaba, la describió así: «Se parece a la Venus de Milo por muchas cosas. Es increíblemente vieja, no tiene dientes y manchas amarillas le recubren el cuerpo». Nuestro Siglo de Oro tuvo algunos maestros de la injuria, empezando por don Francisco de Quevedo y

acabando por su invariable víctima, Luis de Góngora, que no le iba a la zaga y era quizá todavía más elegante y venenoso.

Pero la injuria política como catarsis, como un intento de higiene moral, la han usado magistralmente los franceses. Ellos han sido maestros en el arte de la dialéctica y la polémica, del epíteto y de la burla. La crítica en Francia tuvo siempre una claridad dura e hiriente y un genio inconcebibles. Rivarol decía del vizconde de Mirabeau, tribuno eminente: «Por dinero es capaz de hacerlo todo, incluso una buena acción». Y el mismo Rivarol, en una crítica sobre el pesado y denso filósofo Condorcet: «Escribe con opio sobre hojas de plomo». Pero siempre que se me ocurre poner un ejemplo de feroz libertad de expresión, acudo a León Daudet.

Durante treinta y cinco años, los artículos de este periodista monárquico, patriota, libérrimo en la expresión, fueron un ejemplo de la más afilada agresividad. La antología de sus artículos políticos pone los pelos de punta. Clemenceau, presidente del Consejo de Ministros, es «una calavera esculpida en un cálculo biliar». Aristide Briand, ministro de Asuntos Exteriores, «educado en un lupanar, rufián desde la adolescencia, ultraje público al pudor en sus años adultos, renegado siempre, tiene una tendencia natural, seguramente innata, a no conocer más que el derecho común». El que sería presidente de la República Francesa, Paul Doumier, se le aparecía como «una pequeña larva política que tiene el aire, física y moralmente, de haber sido cogida entre dos puertas». Del presidente de la República, Armand Fallières, aquel gascón alto y grueso, algo bovino, proclamaba: «Su lugar está en el mercado. Ha sido hecho para ser palpado, sopesado, luego atado a una soga, conducido al matadero, ¡ay!, despedazado, vendido, hervido y comido». Alexandre Millerand, que también presidente de la República, se le antojaba un «un tigre perdido en una pastelería» y sostenía que «a su paso se impone gritar: «¡Al ladrón, al ladrón!». Raymond Poincaré era «el enano de Lorena», y el general Percin le parecía, con irresistible comicidad, «una cacerola la que jamás había visto el fuego». La antología de Daudet sería infinita. Se nos dirá que León Daudet, era truculento, desagradable, excesivo. Ahora bien, cuando estuvo exiliado en Bruselas, la petición de indulto iba encabezada por el presidente Poincaré. Y seguían las firmas de la mayoría de sus víctimas, que se disputaron el caballeresco y peligroso honor volverle a tener en Francia.

Nos damos cuenta, por lo tanto, de que el arte de la injuria puede ser brutal corrosivo, pero también para ser eficaz ha tener ingenio y elegancia, Si necesariamente tenemos que injuriar —cosa que parece que está en el espíritu humano, aun yo no lo apruebe— hagámoslo, por lo menos, con una cierta intención ingeniosa. Cuando existe libertad, a veces es bueno crear un clima del cual nazcan conciencias atemorizadas no sólo por la revelación de la verdad, sino por el terror al ridículo. Aunque hoy el ridículo se soporta con bastante estoicismo, pues puede más el amor a la poltrona y a las fructíferas vanidades del mando. Y así, la injuria ha perdido matices, penetración e ingenio. Ha dejado de aquel arte literario que encanta a Borges para convertirse en lenguaje normal y corriente, ineficaz, por lo repetido. Ha desaparecido, por lo tanto, la intención catárquica de admirar y divertir con el ingenio, para convertirse en una costumbre grosera, en una especie de automatismo verbal, en unas muletillas empobrecedoras. De Quevedo a hoy hemos perdido mucho léxico y casi todo el ingenio.

Néstor Luján
(*El Heraldo de Aragón*, 06.11.84)
(Remitido por Antonio Casao)

Cuando insultar era un género literario

La editorial *Ave del Paraíso* reedita *La linterna de Diógenes*, los 39 retratos que el ácido poeta peruano Alberto Guillén hizo de *crème de la crème* de la cultura española. Publicado en 1921, el libro pasó de mano en mano con escándalo y, por qué no, regocijo. Es la narración de 39 encuentros, desde los hermanos Álvarez Quintero a Ortega y Gasset, donde Guillén adelanta el nuevo periodismo y sólo se propone sacar lo peor de los entrevistados. “Todos hablan mal de todos como alegres comadres —reconoció el autor—. Se despluman con grande habilidad y, sobre la ruina universal, ellos levantan su pendón”.

Besos de calavera. Odios. Enconos viscerales. Juicios tan francos que sólo caben en la intimidad de la tertulia de caté. La realidad literaria se refleja en un falso espejo, por dentro es escabrosa, mojugata, incendiada de batallas de celos, rencores, famas y requiebros. Alberto Guillén, peruano, poeta, orgulloso y despiadado llegó a España en 1917 dispuesto a conocer a los grandes: a los Quintero, a Azorín, a Baroja, a Camba, a Gómez de la Serna, a Juan Ramón, a Marquina, a Ortega... y lo que vio le espantó: suciedad y malas artes, grandes obras firmadas por gente miserable. Apenas se salvan Ramón y Cajal, Juan Ramón Jiménez, acaso Cansinos Assens. «Es innegable la oportunidad del escarmiento», dijo Azaña en una crítica sobre el libro: «Que poetas y literatos se desuellen vivos no es nuevo».

Guillén comienza visitando a Azorín, que tiene el «alma desnuda como una llanura manchega» —«la poesía de Azorín, ¿no tiene acaso la sencillez de una portera que sonrío remendando unos calzoncillos?»—, se pregunta—, luego prosigue con los Álvarez Quintero, que «no están mal en su papel de fabricantes de mermeladas». De ahí, no se salvan de su retrato inmisericorde ni Baroja ni Caro Raggio, su cuñado y editor: «Es medio rubio como Baroja, y medio sucio como Baroja, aunque quizá no huele a ratón como Don Pío, ni acostumbre a eructar ante la gente sus ajos y sus tonterías».



«España es negra, Solana tiene razón», se dice Guillén ante las visitas a Benavente —«que trata de ser amable en la incompetencia de sentirse superior» o al café del Pombo en donde le espera Gómez de la Serna, al que le describe como «unas cejas que miran y una cachimba que piensa». Los cruces de insultos son constantes. Gómez de la

Serna describió a Azorín como a un hombre «lleno de miedo y pusilanimidad». Sobre Valle-Inclán: «Ese hombre opaco de lirismos tópicos, de artificios, hijo de una ira artística». De Baroja: «Que todo lo hace como una malicia de vaguedad. Toda su obra está llena de un enorme equívoco». De Unamuno: «El hombre amarillo sin mundanidad y sin iniciativa, imitador y vulgarizador plomizo de locuras inimitables».

Juan Ramón parece un «caballero de El Greco», dice Guillén, siempre «ardiendo» y... quemando: «En España no hay nada. Yo sólo leo a los extranjeros». De Unamuno dice que es «un gran espíritu» pero que «hace cosas horribles». Y sigue: «Valle-Inclán es otro arcaico. Su obra es un alarde de estilo, retórica, estéril». El juicio de Ramiro de Maeztu satisface al osado Guillén, aunque el personaje le amodorra: «La literatura de ahora está en decadencia —dice don Ramiro sin inmutarse—. Hiede a sexo de mujer y a polvos de arroz». En defensa de Ortega y Gasset. De Maeztu llama a Ayala «roedorcillo», lo pone a caer de burro y «de burro» es Eduardo Marquina: «Es otro que quiere ser profundo a fuerza de ser oscuro». Guillén acude a Marquina, «que tiene un desprecio admirable por todos los retóricos», con la ansiedad de ver lleno el saco de los insultos. De Valle-Inclán, vilependiado como ninguno y por casi todos: «Es un señor que ha escrito cuatro o cinco libros, nada más, muy bonitos, muy engolados, muy sonoros, muy artificiales y muy huecos, y que ahora está en plena decadencia».

VERSOS COMO DARDOS

Advertencia del doctor Mata, vecino de Santiago Ramón y Cajal, molesto por las constantes confusiones:

*En este humilde portal
no vive ningún Cajal*

Respuesta de Ramón y Cajal:

*Vive en este vecindad
cierto médico poeta
que al fin de cada receta
pone "Mata" y es verdad.*

(Transcrito por Darío Vidal)

ALGUNOS PIROPOS DE LITERATOS ESPAÑOLES ACTUALES

Como son pocos, y más bien groseros, los piropos que se oyen en la calle, he ido directamente a la literatura. El primero es de Camilo José Cela:

1: "Chata, me gustaría ser cabrito; bueno, cabrito no, corderillo de tu aprisco, gentil pastora, para regalarte mi lana y mi amor".

Cela lo pone en boca de uno de sus personajes, no me consta que lo haya dicho él mismo aunque tampoco me extrañaría.

El segundo lote, porque son cuatro, corresponden a Ángel Guinda, un poeta zaragozano:

2: "Toda la luz del mundo pasa por tu mirada".

3: "Estás de un bueno que me pone malo".

4: "Tienes unas curvas para tomarlas rectas".

Como puede apreciarse hay en este lote distintos grados de finura.

Antonio Casao, CARROLLIA-13



Algunas opiniones sinceras

Ha sido un gran patriota, un filántropo, un amigo leal... siempre que esté muerto, claro está.
(Voltaire)

He encontrado su manuscrito acertado y original, pero la parte acertada no es original y la parte original no es acertada.

(Samuel Johnson. Ha sido parafraseado muchas veces, incluso por W. Churchill: “El discurso de Su Señoría...”)

Lo llevamos a la escuela y acabó quitándoles los libros a los colegiales.

(Ignatius Donnelly sobre el político William Jennings Bryan)

Un taxi vacío se detuvo y de él se apeó Clem Atlee.

(Dicho popular)

No se haga tanto el humilde, que no es usted tan grande.

(Golda Meir, jefa de Estado israelí al general Moshe Dayan)

Jerry Ford es un buen chico, pero ha jugado demasiado al fútbol sin ponerse el casco.

(Lyndon B. Jonson)

Cuéntale a tu jefe lo que verdaderamente piensas de él, y la verdad te hará libre.

(Patrick Murray)

La naturaleza, no contenta con negarla la facultad de pensar, le confirió el don de escribir.

(George Bernard Shaw, sobre uno de sus colegas)

Es el único genio con un cociente de inteligencia igual a 60.

(Gore Vidal, sobre Andy Warhol)

Una radiografía andante.

(Oscar Levante acerca de Audrey Hepburn)

Con esas orejas parece un taxi con las puertas abiertas visto de frente.

(Howard Hughues acerca de Clark Gable).

He perdido casi una hora hablando unos minutos con Talullah.

(Fred Keating acerca de Tallulah Bankhead)

Ella es el buen rato que pasaron todos.

(Bette Davis sobre Marilyn Monroe)

Ésta fue la primera película de Doris Day antes de convertirse en virgen.

(Oscar Levante acerca de Doris Day en *Romance on the High Seas*)

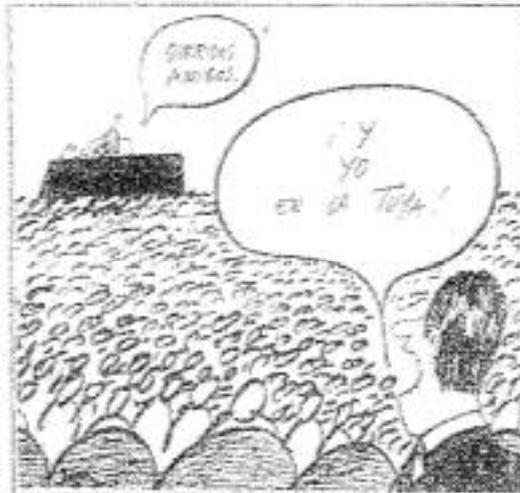
Lillian Hellman no escribió ni un sola palabra que no fuese mentira, incluyendo “el”, “la”, “los”, “las”.

(Mary McCarthy)

(Tomado de *El libro del Escanio*, por El Descosío).

CHUMEANDO

Entre los buenos recuerdos que nos dejó el amigo Chumy Chuméz está este chiste, que hemos adaptado a distintas situaciones, todas ellas actuales.



Por Chumy Chuméz



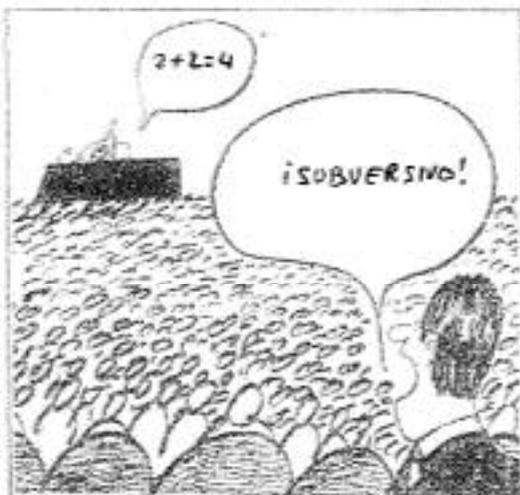
Por Chumy Chuméz



Por Chumy Chuméz



Por Chumy Chuméz



Por Chumy Chuméz



Por Chumy Chuméz

SONETO DE LUIS DE GÓNGORA A DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Anacreonte español, no hay quien os tope,
 que no diga con mucha cortesía,
 que ya que vuestros pies son de elegía,
 que vuestras suavidades son de arrope.

¿No imitaréis al terenciano Lope,
 que al de Belerofonte cada día
 sobre zuecos de cómica poesía
 se calza espuelas y le da un galope?

Con cuidado especial vuestros anteojos
 dicen que quieren traducir al griego,
 no habiéndolos mirado vuestros ojos.

Prestádselos un rato a mi ojo ciego,
 porque a luz saque ciertos versos flojos,
 y entenderéis cualquier gregüesco luego.

QUEVEDO CONTRA DON LUIS DE GÓNGORA

Este cíclope, no siciliano,
 del microcosmo sí, orbe postrero;
 esta antípoda faz, cuyo hemisferio
 zona divide en término italiano;

este círculo vivo en todo plano;
 este que, siendo solamente cero,
 le multiplica y parte por entero
 todo buen abaquista veneciano;

el minoculo sí, mas ciego vulto;
 el resquicio barbado de melenas;
 esta cima del vicio y del insulto;

éste, en quien hoy los pedos son sirenas,
 éste es el culo, en Góngora y en culto,
 que un bujarrón le conociera apenas.

(Edición de Manuel Blecua.)

MASACRE EN MADRID. Por las declaraciones del Ministro

Acebes llama miserable a Alonso por culpar del 11-M al gobierno del PP

El PP cree que se dio un golpe al pacto antiterrorista y exige disculpas

Vil, miserable, indecente, inmoral. Son algunos de los calificativos que dedicó Ángel Acebes al ministro del Interior, José Antonio Alonso, por decir que antes del 11-M la policía había advertido del riesgo de atentado, pero hubo imprevisión política. Las palabras provocaron una carta de protesta de Rajoy a Zapatero.

CARMEN DEL RIEGO - 29/04/2004
Madrid

GOBIERNO. El presidente responderá también por escrito a las acusaciones de los dirigentes populares

Tan serio como cuando era ministro del Interior, y con palabras tan duras como las que dirigía a los terroristas cuando cometían un atentado, el secretario general adjunto del PP, Ángel Acebes, compareció ayer en rueda de prensa para responder a un "hecho gravísimo que no tiene ningún precedente". El hecho son las declaraciones el martes de su sucesor en el ministerio, José Antonio Alonso, que aseguró que en el 11-M no hubo falta de previsión policial, pero sí política, lo que el PP y Acebes intepretan como una acusación "con insidia".

RAJOY. El líder de los populares escribe una carta de protesta formal a Zapatero por la "tropelía"

Con clara indignación, Acebes afirmó que de su sucesor podía esperar puntos de vista distintos, pero no "una vileza, que demuestra que el ministro del Interior es un miserable y ha sumado a la indecencia un grave error, no responsabilizar de un atentado a los terroristas que lo cometieron", lo que considera "una inmoralidad y

una miseria".

La indignación de Acebes y con él de todo el anterior gobierno y todo el PP, la tradujo el líder de este partido, Mariano Rajoy, en una carta que ayer escribió y dirigió al presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, en la que le expresa "mi indignación y la del Partido Popular" por las declaraciones realizadas en el día de ayer a la cadena Ser por el ministro del Interior del Gobierno que usted preside".

Rajoy añade en la carta que "mi partido nunca responsabilizará a ningún gobierno de España cuando un grupo terrorista cometa un atentado" y concluye: "Quiero que interprete estas letras como una queja formal ante las palabras que su ministro del Interior, que contradicen abierta y radicalmente uno de los pilares esenciales del acuerdo por las libertades y contra el terrorismo, que no es otro que eliminar del ámbito de la legítima confrontación política o electoral de nuestros partidos las políticas para acabar contra el terrorismo".

En posteriores declaraciones públicas fue más duró y calificó las palabras de Alonso de "tropelía" y "el mayor atentado" al diálogo de los últimos años. "Con ellas, dijo, no sólo culpó al anterior Gobierno, no sólo insultó al anterior ministro del Interior, sino a todos los miembros del PP y a todas las personas de bien, decentes y honorables de este país".

Por eso lo único que le vale al PP, dijo Acebes, es que el ministro "pida perdón públicamente". Pero no pidió dimisiones o ceses, "Zapatero sabrá", espetó, pero dejó claro algo: "España no se merece este ministro. No sabe nada, es mediocre, es incompetente y ha sobrepasado todos los límites".

La reacción del PP no se quedará en la indignación. Llevará al Parlamento la petición de explicaciones. Lo hará con preguntas en pleno, cocomparencias del ministro en comisión, con todas las medidas a su alcance, sin descartar la solicitud de una comisión de investigación, aunque para pedirla esperarán a que esté levantado el secreto del sumario, momento en el que están seguros "se sabrá quien dijo la verdad, quien mintió, y quien manipuló".

El PP considera que las palabras de Alonso son "un golpe de difícil reparación" al pacto antiterrorista, aunque si finalmente Zapatero lo convoca el PP acudirá, y Acebes, que no forma parte de él, pedirá a Rajoy que le deje ir a la reunión, porque quiere "acusar de miserable al ministro del Interior".

El Gobierno evitó contestar a la arremetida del PP y fuentes de Moncloa aseguraron que el presidente Zapatero responderá a Rajoy por escrito, en una carta que le enviará en los próximos días. Mientras, el ministro de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, pidió al PP "un poquito de sosiego y que reflexionen un poco y hagan el mismo ejercicio de contención y de lealtad que practicamos tanto y tan ejemplarmente los socialistas cuando estuvimos en la oposición, y que vamos a continuar haciendo doblemente ahora que estamos en el Gobierno". Desde el grupo socialista, Diego López Garrido se mostró de acuerdo con que hubo "imprevisión política" y lamentó el lenguaje "zafio, inaceptable" del PP.

LA VANGUARDIA, Barcelona, 29.04.04

A una dama

Tiene mi dama cara de roedor,
cuerpo de malvestida, maldesnuda,
y tiene achares de mujer cornuda
que se muere de amores sin amor.

Tiene nuestra ministra su bravura,
frígido ministerio del calor,
tiene cuerpo y no tiene, tiene horror,
porque es que a nadie se la pone dura.

Ministra de la cosa, y un palor
de visita pesada y de cuentera,
rancia y envejecida primavera,

su cultura ha llegado a Campoamor.
Tiene mi dama jeta cuartelera.
No se la folla ni el Comendador.

Francisco Umbral a Esperanza Aguirre

Con T de testosterona

Cuatro días se han ido desde la toma de posesión del nuevo presidente del Gobierno y el talante se ha teñido de testosterona. Todo empieza con "T"; como trampantojo, esa ilusión óptica con que se engaña a los demás haciéndoles ver lo que no es.

Dos días antes del 11-M me decía un buen amigo, socialista de partido, que ZP era un buen actor y poco más. De tener mi amigo razón, cabe preocuparse por quién escribe los guiones. Porque el buen actor es versátil por definición. Puede hoy bordar el papel de galán y mañana el de villano también.

Vale para hacer teatro, pero al frente del Gobierno de una nación las cosas se complican. Para desempeñar este cometido suelen dar mejor resultado los malos actores, esos que, interpreten comedia o drama, siempre son ellos mismos. Caso de R. Reagan en los años 80. No gana el Óscar por ninguna obra en concreto; como mucho les premian al final de sus días por su contribución al séptimo arte. No parece el caso de nuestro flamante presidente. "Lo que se dice se cumple" es una excelente máxima y plena de sentido ético, siempre que lo dicho amerite ser cumplido, es decir, que no sea una trangallada, como dicen en León, precisamente.

No es una trangallada que el diálogo sea el instrumento político fundamental; ni que los grandes asuntos de Estado traten de resolverse en consenso; o que el Congreso pueda controlar real y libremente a quienes gobiernan. No, son pronunciamientos adecuados sobre cuestiones serias. El guión está bien y la interpretación en la *première*, la función de investidura, fue plausible. Pero en horas 24, como dejó en verso escrito otro buen autor tiempo atrás, es como si las musas hubiesen cambiado y al trágala de las Azores ha sucedido el de La Moncloa —“he dado orden al ministro de Defensa para que disponga lo necesario para que las tropas...”—. De consenso, la misma dosis que hace 15 meses: nada.

Y, en el Congreso, ni un resquicio por el que poder perder una votación. Si hay que aumentar el número de grupos parlamentarios para tener garantizada la mayoría, se aumenta. Y si hay que rebajar el número de miembros de las comisiones para tener siempre mayoría, se rebaja. Lo de J. Bono y la testosterona es más de lo mismo. Ante la profesión militar queda tan bien como los juramentos de que España seguirá siéndolo y que en la Guardia Civil no habrá sindicatos... ahora que estamos al mando.

Federico Ysart
(Remitido por Antonio Casao)